

## Martín de Ugalde: "La Semilla Vieja"

José Antonio Rial

*El Universal*, 1958-10-09.

Lo que más inquieta a la crítica en relación con Martín de Ugalde es su estilo, su manera de contarnos con rudeza y desmañamiento vascos y lenguaje acriollado, historias de inmigrantes. Las historias, es decir, los argumentos, no son lo importante, principalmente porque él los toma de la vida, tal como acontecen o sólo un poco desfigurados; lo que le ha valido premios, y le coloca entre los buenos cuentistas venezolanos, es su manera de referir el hecho.

Y no siempre es la misma manera. Quizás porque cuando uno de sus sucesos le apasiona o le ha tocado de lleno ciertas fibras fáciles de irritar y conmover, no tiene la templanza suficiente para mantener el frío y casi indiferente estilo de sus relatos más característicos.

Escribir de una manera es muchas veces reprimirse. La forma establece entre el escritor y su tema una distancia, casi un aislamiento, que es el entramado de su medio de referir la cosa, indirectamente, escorzando los hechos, buscándole ángulos a la incidencia, como la cámara de cine, o como el pintor, en vez de soltar el hecho directamente y en vivo, como quien acaba de verlo ocurrir y lo relata tenso y estremecido.

No critico con esto el modo de hacer de Martín de Ugalde. Y mejor diría los modos de hacer, porque son varios, sino que, al contrario, veo en ello cómo valora él lo literario y cómo ensaya sistemas de dar dimensiones y volúmenes a las simples anécdotas de cada día.

El relato de ayer era longitudinal. Veíamos siempre los acontecimientos desde un observatorio simple. Ahora no, podemos meter la nariz en el montón de estiércol, leer los marbetes de las viejas latas de conservas que se pudren en el basurero, contemplar la calle desde el andamio del albañil, sintiendo con él el vértigo, cruzar la tierra removida por un patrol y pisar "las olas quietas modeladas por la máquina"... El lector se transforma en espectador, porque es éste un arte muy preocupado por mostrar todo objeto, precisamente por aquella cara que menos conocíamos. Es muy bueno este redescubrir la realidad y romper con las viejas categorías, para exponer a la mirada humana todo lo olvidado o escondido.

En verdad esto que han llamado "neorrealismo", sin saber aún qué es lo real, y quizás sin advertir que la "neorrealidad" es una realidad tan misteriosa como la de los viejos filósofos, sino que vista a través de las buenas lentes de las cámaras fotográficas, yo lo seguiría llamando expresionismo.

En el expresionismo hay una deformación que tiene a lo grotesco, a veces, a la caricatura (como lo clásico se escapa de la realidad hacia alturas de armonía matemática, alejándose del hombre y refugiándose en lo abstracto), pero este subjetivismo, que descubrió la pintura, y aceptaron el teatro y la novela, tiene para mí la virtud de ser un

arte transido de humanidad. La realidad no nos llega ni abstraída ni decantada, sino plena de individualidad. El mundo del expresionista no es un planeta ni un cuerpo celeste, sino estas vivencias suyas que transforman el paisaje, según la emoción que él experimenta, y que pueden ser cansancio, desabrimiento y hasta tedio.

El expresionista es un hombre que, a veces, conserva su juicio crítico frente al hecho más horrible o más sucio. Se parece al romántico en cuanto a que deforma la realidad, al filtrarla a través de su deformadora alma, pero su intimidad no es como en éste, simple y directo mecanismo de exaltación de lo pasional, sino que nunca se puede prever en qué transformará el espíritu de aquel turbador artista, el suceso simple o el crimen.

El expresionismo se cuaja en el teatro y en la novela alemanes después de la guerra de 1914. Son los escépticos que han visto mil horrores los que al referir las incidencias del frente, por no querer caer en un sentimentalismo que les repugna, desenfocan la emoción y dan una imagen fría. Describen los muertos como si fueran simple "naturaleza en reposo", con lo cual se abstienen de hacer comentarios, porque están asqueados, y subrayan mejor, de este modo, lo trágico de un mundo pleno de farsantes.

Parecen decir: nosotros no lloramos y esto es lo único decente que podemos hacer.

No todo el expresionismo es así, porque por fortuna para él, este estilo es tan vario como el hombre y aun como los estados de ánimo, pero nos referimos mejor al de la novela post-guerra, que al de George Kaiser, por ejemplo, en virtud de que Martín de Ugalde se parece en su rudeza sentimental a Arnold Zweig, a Ernesto Glaeser, al mismo Remarque de "Sin Novedad en el Frente".

Pero en Martín de Ugalde hay todavía más deformidad antiemocional. Así como los pintores cubistas transformaron en volúmenes toda realidad imaginable, este escritor convierte a los humanos en prismas, y parece haber adquirido el compromiso de verlos hundirse sin sentir emoción alguna.

Nos parece bien, porque Martín de Ugalde es también un testigo de horrores. Y en casi todos sus cuentos, pero sobre todo en los dos más característicos: "La Luz se apaga al amanecer" y "La Semilla Vieja", se percibe, tras la anécdota inmisericorde, una conciencia tan rectilínea y desesperanzada como los personajes, la del autor, que repite: "así de fría y dura es la realidad. Así es de cerrado el horizonte".

Los otros tres cuentos del tomo, "La llegada de Engracia", "El Asalto" y "El Espía", tiene el tono gris de los primeros, pero son más cálidos, más "humanos". Sin embargo, creo que el arte personalísimo de Martín de Ugalde se logra mejor en aquellos otros, en donde unidas su facultad de hacer ver la realidad desde muchos ángulos y su rudeza implacable, logran proyecciones, de dos temas simples, tan originales como impresionantes. Estos cuentos tienen relieve, y un ahogo espiritual más trágico que todas las exaltaciones.